

Danya Glaser y Stephen Frosh

ABUSO SEXUAL DE NIÑOS

Caps.: 1 y 2



FUNDACION  
FAMILIA Y  
COMUNIDAD



PAIDÓS

Buenos Aires - Barcelona - México

Título original: *Child sexual abuse*  
MacMillan Education Ltd.  
© British Association of Social Workers, 1988  
ISBN 0-333-42891-9

Cubierta de Gustavo Macri

Traducción de Alberto Ramón Padilla Quirno  
Colaboró Eduardo J. Padilla

1.ª edición, 1997

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina  
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Copyright de todas las ediciones en castellano  
Fundación Familia y Comunidad

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

ISBN 950-12-3171-2

## ÍNDICE

Palabras preliminares .....	7
Agradecimientos .....	9
Introducción .....	11

### Primera Parte SOBRE EL ABUSO SEXUAL DE NIÑOS

1. Mito y realidad: las dimensiones del abuso sexual de niños ....	17
2. Un fenómeno multifacético: la sexualidad y el abuso sexual de niños .....	35
3. ¿Un asunto de familia? .....	55

### Segunda Parte LA PRÁCTICA TERAPÉUTICA

4. Sospecha y revelación: las respuestas profesionales iniciales ...	73
5. El proceso de confirmación y de toma de decisiones .....	103
6. Después de la confirmación: los objetivos de un mayor compromiso profesional .....	137
7. La intervención terapéutica .....	159
8. Cuestiones profesionales y de equipo .....	187
Guía de lecturas adicionales .....	197
Referencias bibliográficas .....	201
Índice analítico .....	207

## CAPÍTULO I

### MITO Y REALIDAD: LAS DIMENSIONES DEL ABUSO SEXUAL DE NIÑOS

En años recientes vemos con beneplácito una mejoría en la toma de conciencia y comprensión del abuso sexual infantil y sus fenómenos asociados. Una cantidad de encuestas conducidas cuidadosamente han aclarado la incidencia del abuso sexual infantil, y revelado que no es, como se había presumido anteriormente, un hecho raro ni que se limite a segmentos de la población visiblemente perturbados. También se ha observado que muchos casos de abuso sexual se producen dentro del ámbito familiar y que la mayoría de los abusadores son conocidos por sus víctimas infantiles, tales como parientes o amigos adultos. Las "señales de alerta" del abuso sexual infantil empiezan a ser más conocidas, de modo que los profesionales están menos propensos a considerar los relatos de los niños como cuentos de fantasía. Los principios y los objetivos del trabajo terapéutico y legal con las víctimas del abuso sexual y sus familias se han convertido en materia para debatir seria y vigorosamente.

A pesar de estos verdaderos avances, sigue en pie una gran cantidad de incertidumbres y confusiones alrededor de este tema. Hasta cierto punto, puede deberse al aura especial de "incesto" y los problemas que los adultos comúnmente tienen al tratar la sexualidad, respecto de sí mismos y de los niños. Además, el abuso sexual infantil es un área difícil para investigar, desde que el secreto, la vergüenza y la culpa se cuentan entre sus componentes. Es más, el abuso sexual infantil provoca emociones fuertes y genera temas importantes sobre cómo se trata a los niños, sobre la sexualidad y sobre el poder, temas que son eje de muchas polémicas, tales como las que giran alrededor

de las críticas feministas de la sociedad contemporánea. Por estas razones es importante establecer cuánto se conoce acerca de las dimensiones del abuso sexual infantil, su frecuencia, las características de las víctimas y sus abusadores, su grado de gravedad y su alcance a largo plazo. Éste es el propósito de este capítulo.

### Definiciones

Parece no haber una definición universal acerca de qué constituye el abuso sexual infantil, no obstante existir una gran cantidad de formulaciones y puntos de referencia operativos. Éstos se derivan fundamentalmente de estudios de investigación en los que los investigadores han procurado establecer definiciones específicas y operativas que son lo bastante amplias como para incluir un ancho campo de experiencias abusivas y potencialmente abusivas. La claridad de algunas de estas definiciones es obviamente útil, pero existen variaciones considerables entre las que se adoptan en los diferentes estudios. Estas variaciones resultan muy importantes porque pueden explicar algunas de las que se observan en las estadísticas de abuso sexual infantil dadas a conocer. Además, la índole más bien amplia de muchas definiciones basadas en la investigación puede determinar que no se suministren las mejores pautas para los problemas concernientes a la planificación del tratamiento de la salud mental, como el interrogante acerca de cuándo es necesaria la intervención.

Las mejores definiciones usadas corrientemente combinan una especificación clara del significado del término "sexual" con alguna guía sobre la edad del nivel de desarrollo de los participantes, a veces con una cláusula concerniente a la aversión experimentada por la actividad y los elementos que la tornan abusiva. Así, Finkelhor (1984) define la "victimización sexual" como "encuentros sexuales entre niños menores de trece años y personas por lo menos cinco años mayores que ellos y encuentros de niños mayores de trece a dieciséis con personas por lo menos diez años mayores que aquéllos". Los abusos sexuales pueden consistir en "coito, contacto anal-genital, manoseos o un encuentro con un exhibicionista" (págs. 23-4). Otros han ampliado la definición para incluir cualquier actividad que produzca gratificación en el abusador. Baker y Duncan (1985), por ejemplo, pre-

sentaron en su investigación la siguiente definición a los entrevistados (adultos) que respondieron a su encuesta:

Un niño (cualquier menor de dieciséis años) es abusado sexualmente cuando otra persona, que es sexualmente madura, involucra al niño en un acto que esa otra persona espera conduzca a la excitación sexual de ambos (pág. 458).

Algunas pocas definiciones incorporan las normas sociales o el concepto de desarrollo y la capacidad del niño para consentir el contacto sexual. Entre ellas la más influyente es la de Schechter y Roberge (1976):

Se define el abuso sexual como la participación de niños dependientes o niños de desarrollo inmaduro y adolescentes en actividades sexuales que no son capaces de comprender ni de prestar un consentimiento informado o que violan los tabúes sociales de los roles familiares (pág. 60).

Finalmente, la "definición de trabajo de abuso sexual infantil" provista por SCOSAC (1984) de forma práctica anuda los varios hilos presentes en todas las otras definiciones, y merece ser citada en su totalidad:

Cualquier niño por debajo de la edad de consentimiento puede considerarse como haber sido sexualmente abusado cuando una persona sexualmente madura, por designio o por descuido de sus responsabilidades sociales o específicas en relación con el niño, ha participado o permitido su participación en cualquier acto de una naturaleza sexual que tenga el propósito de conducir a la gratificación sexual de la persona sexualmente madura. Esta definición es procedente aunque este acto contenga o no una coacción explícita por cualquier medio, aunque comporte o no contacto físico o genital, sea o no iniciado por el niño, y aunque sea o no sea discernible el efecto pernicioso en el corto plazo.

Surge de estas varias definiciones un gran número de cuestiones, entre las cuales tres de ellas se destacan. La primera se refiere a qué es lo que debe denominarse "sexual"; por ejemplo, ¿debe incluirse en ese rubro un episodio exhibicionista o voyeurístico que no ha sido interpretado como tal por el niño? ¿O, debería sencillamente rotularse

como "abuso", o acaso "tentativa de abuso"? La dificultad gira no sólo alrededor de estos actos en particular sino también de todas las tentativas de hacer listas de actos específicos en lugar de proveer un criterio general, pues no resulta claro que todo niño identificará los mismos actos como de índole sexual, ni todos los niños los vivirán como dañosos o como explotación. Por esta razón, la intención del abusador es probablemente un criterio general práctico para lo que luego será calificado como abuso sexual, como en la referencia hecha por SCOSAC en relación con la "gratificación sexual" del adulto. Esto significa que los niños pueden ser víctimas de abusos sin que tengan conciencia de ello (por ejemplo, en algunos casos de voyeurismo), pero de forma práctica se llama la atención hacia un elemento central en el abuso sexual: el que consiste en algo que lleva a cabo un adulto para su propia finalidad sexual, tomando al niño como un objeto. Esto también subraya el modo como las diferentes formas del abuso, que varían marcadamente en su grado de severidad e impacto, pueden sin embargo contener propósitos subyacentes y estructuras psicodinámicas.

Una segunda cuestión concierne a la edad y el nivel de desarrollo del niño y del abusador. La mayoría de las definiciones seleccionan una edad cronológica para definir los límites del abuso sobre bases por lo general legales antes que psicológicas, por ejemplo, dieciséis o dieciocho años o "edad de consentimiento". Varias definiciones también postulan una diferencia de edades de alrededor de cinco años o más para que un contacto sexual sea considerado abusivo. Evidentemente, éstas son pautas imprecisas; puesto que requieren mayor especificidad a los fines de la investigación y son complicadas para aplicar en casos individuales. Por ejemplo, bien puede una niña no ser capaz de defenderse si es enfrentada con amenazas por un joven adolescente cuya edad difiera menos de cinco años de la de ella. El punto es que el abuso sexual en todos los casos incluye el uso de coacción de un modo implícito o explícito, y esto es indudablemente un factor central para calificar al acto de abusivo. Por esta razón, la frase de Schechter y Roberge (1976) "impedido de prestar su consentimiento" parece contener un indicador más valioso que el de una edad precisa; para juzgar el abuso se requiere evaluar la competencia del desarrollo y la relación de poder en cuestión. Así se considera abusado a un niño que no resista al avance de un adulto, debido a su falta de

conocimiento del significado social y de los efectos psicológicos de los encuentros sexuales; también, su confianza o su dependencia de los adultos significa que no estaría en una situación de prestar un consentimiento informado. En el caso de un adolescente que tuviera al menos algo del conocimiento social necesario, habría sido igualmente abusado si su posición en relación con otro fuera de dependencia o estuviera coaccionado, de modo que la libre elección —el consentimiento informado— no habría podido ser una opción disponible. Todas las tentativas hechas para incluir una medida del grado de "indeseabilidad" del contacto sexual se han incorporado a este argumento acerca del consentimiento informado.

La tercera cuestión surge de este último tema y tiene importancia en razón de las consideraciones acerca de la naturaleza del abuso sexual y sus relaciones con otras formas de abuso, por ejemplo la violación de mujeres adultas. Éste es el problema de la relación de poder que se suscita entre el abusador y su víctima. Todas las formas de abuso incluyen la explotación de un diferencial de poder que puede ser explícito y obvio, como cuando se usa fuerza física directamente, o sutil, cuando se juega con la situación de dependencia de la víctima, el escenario más frecuente en el abuso sexual de niños. En alguna medida, la definición de SCOSAC lo reconocí cuando hace referencia a las "responsabilidades sociales habituales o específicas de los adultos en relación con los niños", pero no lo vincula en modo alguno a las "políticas" más generales del abuso. El poder inherente en todas las relaciones entre las personas se expresa en formas variadas a través de diversos dominios (una persona puede tener más poder en un área, una segunda en otra). Se lo vincula a la dependencia, si bien usualmente se lo distingue de ella; no es necesario que uno sea dependiente de otro para ser físicamente coaccionado por él. Por lo tanto, la existencia del abuso se configura en parte por el uso que se hace de una posición de poder para manipular a otro con el fin de lograr la gratificación de uno mismo y en contra de los derechos de bienestar del otro. Esto se advierte en todas las situaciones que vinculan el abuso sexual infantil a otros ejemplos de manipulación del poder.

El problema que surge consiste en descubrir el rasgo característico del abuso infantil que lo diferencie de otras situaciones en las que el poder es explotado con fines sexuales. El argumento a favor de tal

diferenciación consiste en que en el caso de contacto sexual entre un niño y un adulto no hay necesidad de explorar su relación específica, porque los niños estructuralmente dependen de los adultos, es decir su dependencia es uno de los factores que los define como niños. La actividad sexual entre un adulto y un niño siempre señala una explotación de poder; a este respecto, difiere de otras formas de encuentro sexual y nunca puede ser otra cosa que abuso. Así, pues, no hay necesidad de nombrar la relación de poder en las definiciones del abuso sexual infantil, dado que ya está implícito en el propio *status* del niño en tanto tal. Éste es un argumento importante, puesto que llama la atención hacia alguna de las principales justificaciones para intervenir, con el objeto de prevenir los contactos sexuales adulto-niño: la dependencia es un elemento definitorio y necesario de la infancia, y los niños tienen el derecho de vivirla con confianza. La transgresión de este derecho especial constituye siempre un abuso. No existe otra relación en la que la estructura poder-dependencia sea tan clara y tan universal, y en la cual la confianza sea parte tan integral de la dependencia; además, el grado de diferencia de madurez física y emocional (especialmente prepubertad) entre los niños y sus abusadores sólo cuenta de forma exclusiva en el abuso sexual infantil. Por estas razones, el abuso sexual de los niños resulta cuantitativamente diferente de otras situaciones abusivas, aunque todo abuso contiene una explotación de poder, a menudo legitimada por fuerzas enraizadas en la estructura social. Por ejemplo, muchos encuentros empleador-empleado tienen la misma estructura de poder-dependencia; más generalmente, la posición de las mujeres en nuestra sociedad todavía las hace dependientes de los hombres (especialmente dentro del matrimonio) y, por lo tanto, las deja a merced de la coacción.

#### La utilidad clínica de las definiciones

Si bien en principio puede no haber dudas de que un adulto que participe de actividades sexuales con un niño deba calificarse de abusador, en la práctica resulta a veces difícil decidir cuándo el contacto es abusivo o no; por ejemplo, trazar los límites entre el contacto físico apropiadamente afectuoso y un contacto físico sexual inapro-

piado. Muchas veces no es fácil distinguir si un adulto está obteniendo gratificación sexual de una interacción con un niño, y menos aún discernir si el niño es consciente de que algo indebido está ocurriendo. En estas circunstancias marginales poco claras, puede resultar muy difícil contestar a la pregunta acerca de si la intervención es procedente y, en caso afirmativo, qué tipo o hasta qué grado de intervención ha de proceder. Todo esto se agrega al problema más difundido de obtener información clara en relación con la índole precisa del contacto que hubo entre el niño y el adulto, un problema que será tratado en detalle en los capítulos IV y V.

Surge de estas consideraciones un sinnúmero de cuestiones. Primero, hay muchos casos en los que el encuentro adulto-niño se incluye en las definiciones dadas anteriormente, y así, tales definiciones son herramientas útiles para calificar de abusivo al encuentro, al tiempo que clarifican temas tales como si la gravedad del hecho o la participación activa del menor en él debieran influir en la calificación que se le asigne. El punto de vista aquí adoptado es que el grado de coacción, contacto genital, actividad infantil o el efecto inmediato es irrelevante cuando se trata de denominar abusivo a un encuentro adulto-niño. Es legítimo calificar estos encuentros como "abusos sexuales", porque los niños no pueden prestarles un consentimiento informado; siempre representan una explotación del poder y una traición de la confianza. En segundo lugar, existe una verdadera dificultad en algunos casos limítrofes, en los que no resulta claro si deben rotularse "contacto físico afectuoso" o "interferencia sexual". En algunos casos es posible diferenciarlos acudiendo a los sentimientos de los niños. Si a un niño se le hace sentir incómodo o preocupado por las atenciones físicas que está recibiendo, ello entonces indica que algo está mal. Que se trate o no de abuso sexual en una situación como ésta es materia opinable que podrá solamente decidirse desenredando las motivaciones del adulto, pero por lo menos se trata de un contacto inapropiado. De otro modo, es útil la regla general que asimila el "contacto sexual" con alguna forma de involucramiento genital cuando surgen cuestiones acerca de la conveniencia de los encuentros físicos.

En tercer lugar, está el problema de cuándo es necesaria la intervención. Esto se describirá en términos más prácticos en la Segunda Parte de este libro, pero aquí la respuesta general sólo puede ser

"siempre". Este criterio se basa en la información disponible corrientemente sobre los efectos del abuso sexual infantil. Al final de este capítulo se incluye una reseña, pero el mensaje general puede sintetizarse así: el abuso sexual infantil es usualmente experimentado de modo aversivo por la víctima; a menudo tiene serias consecuencias para el niño. Estas consecuencias pueden ser de larga duración, pero atenuarse mediante respuestas sensibles por parte de los miembros de la familia o de los profesionales. Acaso lo más importante para los problemas de intervención reside en que es muy difícil predecir si una experiencia de abuso producirá consecuencias perjudiciales a largo plazo en un determinado niño; por lo tanto, en todos los casos estarán indicadas las evaluaciones terapéuticas como también las intervenciones de protección. Si bien definir un encuentro como abuso sexual claro no altera necesariamente sus efectos sobre el niño (aunque puede hacerlo debido al impacto de las respuestas sociales), sí puede alertar a los profesionales respecto de la posible severidad de la situación y el cuidado con el cual ésta debe tratarse.

Un punto final de interés es la relación que guarda el abuso sexual infantil con otras formas de abuso. Existen algunos vínculos sistemáticos; por ejemplo, el abuso sexual a veces conlleva coacción y daño físico; los adultos que fueron sexualmente abusados siendo niños tienen una altísima probabilidad de descuidar a sus hijos o de abusar físicamente de ellos (Goodwin, 1982). Pero hay también diferencias: muchos casos de abuso sexual no involucran daño físico, y en algunos el contexto es afectuoso, infrecuente en caso de lesiones no accidentales. Por lo general, y salvo en los casos en que haya daño físico o violación por parte de extraños, el abuso sexual infantil está mejor clasificado que el abuso emocional severo, en términos de su estructura y efectos.

#### La frecuencia del abuso sexual de niños

Existen dos géneros de información que corrientemente aportan una guía acerca de la frecuencia con que se produce el abuso sexual de niños. El primero corresponde a los datos referidos a la policía, los servicios sociales, los organismos médicos o terapéuticos y de aquellos que se descubre que han sido abusados sexualmente. Estos estu-

dios sugieren más bien un porcentaje bajo de abuso sexual infantil. Por ejemplo, una encuesta efectuada por Mrazek, Lynch y Bentovim (1983) entre 1599 médicos de familia, cirujanos policiales, pediatras y psiquiatras infantiles reveló un total de 1072 casos de abuso sexual de niños vistos por estos profesionales en los años 1977-1978. Si este hallazgo fuera válido, arrojaría una incidencia en cifras (cantidad de casos nuevos en la población) de 1500 por año, lo que representa uno de cada seis mil niños. Estiman los autores que a lo largo de todo el período de la infancia (hasta los quince años), se reconocen a tres de cada mil niños como sexualmente abusados. Sin embargo, existen algunas dificultades con el estudio de Mrazek y otros: por ejemplo, sólo el 39 % de los profesionales envió su respuesta al cuestionario, entre ellos un 16 % de médicos de familia. Otro problema más general que obstaculiza los estudios de este tipo y que limita seriamente la generalización de sus hallazgos consiste en que están restringidos a los casos que han sido identificados y procesados a través de canales profesionales formales. Como tales, menosprecian groseramente la verdadera frecuencia del abuso sexual: en cada etapa, desde la revelación hecha por el niño hasta la respuesta de un profesional para registrarla como estadística, aparecen las razones por las cuales el abuso sexual se descuida y pasa por alto. Para dar dos ejemplos: muchos niños están demasiado asustados, avergonzados o confundidos para contarle a alguien su desventura; de igual modo, tanto en el presente como en el pasado, muchos profesionales están demasiado asustados, avergonzados, confundidos o simplemente no especializados para dar una respuesta apropiada cuando un niño comienza a hablar. Los estudios como los de Mrazek y otros son indicadores útiles de la cantidad de casos que llegan a la atención profesional, pero poco dicen acerca de los verdaderos porcentajes de abuso en la población en general. En todo caso, la creciente concienciación y la publicidad referida a este tema son elementos determinantes de la importancia de los porcentajes de derivaciones tanto como de la cantidad de niños involucrados. Por ejemplo, Wild (1986) informó acerca del examen de las derivaciones hechas por abuso sexual infantil a los pediatras, en Leeds, a lo largo de un período de seis años. Estas derivaciones aumentaron de ninguna en 1979 a 50 en 1984 y 161 en 1985. En 1984, el abuso fue confirmado o considerado como probable en 30 de 50 derivaciones (28 niñas); en 1985 la cifra correspondiente fue de 106.

Análogamente, la NSPCC en Gran Bretaña informa un aumento del 90 % de casos denunciados de abuso sexual entre 1984 y 1985, y un aumento posterior comparable en 1986, presumiblemente como producto de la publicidad incrementada respecto del abuso sexual durante aquel período.

La segunda fuente de datos sobre la frecuencia del abuso sexual infantil se encuentra en una serie de estudios de población en los que se encuesta a adultos acerca de sus experiencias sexuales con niños. Hay unos cuantos estudios muy buenos de este tipo, que aunque varían en sus hallazgos, indican todos que el abuso sexual infantil es un fenómeno común y destructivo. La mejor investigación británica disponible, publicada por Baker y Duncan (1985), contiene entrevistas detalladas a 2019 hombres y mujeres de más de quince años, que fueron seleccionados como un muestreo nacional representativo. A cada persona se le presentó una definición de abuso sexual basada en el concepto de alguien maduro sexualmente que involucraba a un niño en "una actividad cualquiera que la otra persona espera la conduzca a la excitación sexual. Ésta puede consistir en coito, tocamientos, exhibición de los órganos sexuales, mostrar material pornográfico o hablar de cosas sexuales de un modo erótico" (pág. 459), un notable rango de actividades. Se les preguntó a los entrevistados si habían tenido experiencias de ese tipo antes de los dieciséis años; el 10 % (206) contestó afirmativamente, el 77 % dijo que no y un 13 % se negó a contestar. Baker y Duncan hacen notar que estos resultados sugieren que en Gran Bretaña hay más de cuatro millones y medio de adultos que, de acuerdo con su criterio, fueron sexualmente abusados de niños, mientras que un potencial de 1.117.000 niños serán víctimas de abusos antes de cumplir los quince años. Otros datos británicos sugieren cifras aún mayores. West (1985) encontró que el 46 % de 600 mujeres que encuestó informaron haber sido sexualmente abusadas de niñas; en la muestra de Hall (1985) de 1236 mujeres, el 21 % recordaba haber sufrido abusos cuando niñas, en tanto que un tercio manifestaba que el abuso sufrido había ocurrido más de una vez.

Si los estudios británicos parecen sugerir una tasa extremadamente alta de abuso sexual infantil, los mejores estudios similares en Estados Unidos señalan que en realidad podrían estar menospreciando la verdadera tasa. Russell (1983) condujo un estudio por entrevistas de una muestra al azar de 930 mujeres de dieciséis y más años en San

Francisco en 1978, en el que utilizó una definición de abuso sexual que incluía solamente el contacto sexual (desde tocamientos hasta violación). El 38 % de la muestra, un total de 357 mujeres, informó haber experimentado al menos un incidente de abuso sexual anterior a la edad de dieciocho años, y un 29 % (258) antes de los catorce. Repartiendo estas cifras entre abuso "extrafamiliar" e "intrafamiliar", el 16 % de las mujeres informó al menos una experiencia de abuso intrafamiliar antes de la edad de dieciocho (12 % antes de los catorce), mientras que el 31 % informó al menos una experiencia de abuso extrafamiliar antes de los dieciocho (20 % antes de los catorce). Si se amplía la definición de abuso sexual y se incluyen experiencias de no contacto tales como el exhibicionismo (como en muchos otros estudios), un astronómico 54 % de la muestra habría sido víctima de abusos antes de los dieciocho años. Si bien algunos estudios norteamericanos han informado tasas más bajas que las halladas por Russell (por ejemplo Finkelhor, 1979), es evidente que el abuso sexual es tan común, que para muchas niñas es parte "normal" de su crecimiento.

Los problemas en las encuestas de población descritas son evidentes. Sus definiciones de abuso sexual son a veces muy amplias, por lo que conducen posiblemente a estadísticas infladas. Confiar en cuestionarios y entrevistas de características psicométricas inciertas suscita el cuestionamiento de la validez de sus conclusiones. Más importante aún, el hecho de pedir a los adultos que recuerden experiencias de su infancia, en especial las delicadas, produce conclusiones notoriamente no confiables, lo que constituye una situación multiplicada por la imposibilidad de verificar su precisión con referencia a cualquier fuente independiente. No obstante, los resultados de varias encuestas en poblaciones cuidadosamente seleccionadas, con entrevistadores entrenados y cuestionarios razonablemente bien estructurados, muestran todos una frecuencia muy alta de abuso sexual, de lejos más elevada que la de aquellos que buscan ayuda. El abuso sexual no es ficción ni una moda que se alejará cuando se presente en escena el próximo problema interesante: es un problema real y su magnitud sólo ahora comienza a ser reconocida.



## Victimas y abusadores

Todas las encuestas muestran una preponderancia de niñas sobre niños entre las víctimas del abuso sexual, cuyas proporciones varían dentro de un rango bastante estrecho. En el estudio realizado por Finkelhor (1979) con estudiantes universitarios, las tasas de abuso sexual sufrido en la infancia son el doble de altas para las mujeres (19 %) que para los hombres (9 %). El estudio británico llevado a cabo por Baker y Duncan (1985) obtiene tasas de abuso del 12 % en niñas y del 8 % para varones, lo que coincide en términos generales con otros hallazgos. Los estudios clínicos tienden a mostrar proporciones mucho más reducidas de varones, acaso debido a definiciones variadas así como a posibles factores inhibitorios propios de las denuncias de abuso sexual de varones (los varones mayores pueden excluirse socialmente con mayor énfasis que las mujeres). En general, la conclusión más razonable que surge de los datos disponibles es que la tasa de abuso de varones oscila entre un quinto y la mitad de la de las niñas.

Todos los estudios en los que se ha investigado el problema del género de los abusadores han descubierto solamente una muy pequeña proporción de abusadoras femeninas, cuyas víctimas son a lo sumo el 4 % niñas (Russell, 1983) y un 20 % varones (Finkelhor, 1984). Este autor señala:

Especialmente desde que la frecuencia de contactos con mujeres se produce del doble a tres veces más que con varones, la presunción de que los abusadores son principalmente hombres se halla claramente fundada (pág. 177).

Al arribar a estas conclusiones, Finkelhor sugiere que es improbable que la preponderancia masculina se deba simplemente a que los abusos perpetrados por mujeres pasen inadvertidos, en razón de que ellos aplican encuestas retrospectivas no clínicas, y porque se mantienen, aun cuando únicamente se averigüe acerca de "contactos" más que de "abusos". En todos los estudios, son los hombres quienes aparecen como los adultos en el contacto sexual con niños. El abuso sexual infantil, en este sentido, es un fenómeno conectado con la sexualidad de los hombres.

Existe una cantidad de otros autores que describen a las víctimas y

los abusadores, y que tienen cierta importancia tanto para la teoría como para la práctica, pero que aquí no necesitan de un examen extenso. Hay pocos datos sobre distribución por clases o etnias; en ellos se sugiere que el abuso sexual infantil es por lo general más común en familias pobres, pero en las de clase media muestran una distribución mayor que otras formas de abuso. Parece plausible que el abuso sexual infantil sea más o menos comúnmente semejante entre los diferentes grupos étnicos, aunque aquí los datos son conflictivos y limitados a las muestras norteamericanas (por ejemplo Wyatt, 1985). La época de comienzo del abuso sexual infantil es cuando las víctimas tienen edades de entre ocho y catorce años, si bien el rango llega hasta la infancia temprana. Existen algunas variaciones en los datos de edad informados en los diferentes estudios, pero la conclusión clara que surge de todos ellos (Baker y Duncan, 1985; Wild, 1986) es que el abuso sexual infantil no se lleva a cabo principalmente con adolescentes postpuberales.

Tal como ahora se reconoce cada vez más, el consejo que se da a los niños para advertirles sólo que se mantengan alejados de extraños y de lugares desconocidos no los protegerá muy efectivamente contra el abuso sexual. En el estudio de Baker y Duncan (1985), el 49 % de los abusadores era conocido por sus víctimas, y el 14 % de ellos informaron que el abuso se produjo en el contexto familiar. Las niñas fueron las más susceptibles de ser abusadas por sus padres, abuelos o hermanos, mientras que los niños corrían más riesgo por parte de gente ajena a la familia pero conocida. Russell (1983) encontró que los abusadores en su mayoría no eran parientes, pero también que era poco probable que fueran extraños; tan sólo el 11 % resultó ser totalmente extraño, el 29 %, parientes, y el 60 % conocidos de las víctimas, pero sin relación de parentesco con ellas. Cuarenta y dos mujeres en este estudio informaron haber sido abusadas sexualmente por sus padres antes de los dieciocho años, cifra que corresponde al 4,5 % de la muestra al azar tomada por Russell. Dentro del grupo de abuso extrafamiliar, el 40 % de los abusadores fueron clasificados como "figuras de autoridad".

De la misma manera que no están seguros entre gente supuestamente segura, los niños tampoco lo están en lugares supuestamente seguros. En el estudio de Dejong y otros (1983), el 26 % de los niños abusados fueron atacados en su propio hogar; otro 21 % más en el

hogar del abusador, que era generalmente conocido del niño. Muchos abusadores son bastante jóvenes: por ejemplo, Walmisly y White (1979) encontraron que más de la mitad de su muestra de 709 varones penados por ataque sexual a niñas de entre trece y quince años; eran ellos mismos menores de veintiún años (información británica); no está claro cuán similar a éste puede ser el nivel de edad de los abusadores de niños más pequeños. Por último, surge del estudio de Wild (1986) que algunos niños son miembros de patotas que operan por dinero. En siete de los treinta casos confirmados o probables derivados a pediatras en 1984, las niñas habían formado parte de estas patotas, generalmente como líderes:

Con la ayuda de dos o tres asistentes habían provisto favores sexuales al abusador varón, y le habían presentado niñas jóvenes, usualmente, por dinero. Muchos de los líderes de las patotas eran conocidos por haber sido abusados sexualmente en su hogar. Cada patota contaba con un promedio de veinte niñas; éste es un tipo importante de abuso que parece muy difundido (pág. 1115).

Un número de factores familiares se asocian a las mayores probabilidades de abuso sexual. El problema del compromiso familiar se discutirá en detalle en el capítulo III; solamente mencionaremos aquí unos pocos factores relevantes de predictibilidad. En su análisis de información por muestreo de estudiantes femeninas, Finkelhor (1984) encontró un fuerte correlato entre la victimización sexual y el hecho de tener un padrastro, en el 47 % de las niñas abusadas. Hasta un punto importante, esta situación representa un riesgo cinco veces mayor para las niñas que si fueran sus padres naturales. Análogamente, Russell (1983) encontró que una de cada seis mujeres con padrastro había sido sexualmente abusada por éste en su infancia, comparado con una tasa de una cada cuarenta, con respecto a los padres biológicos. Finkelhor apunta a otros riesgos asociados que hacen que las niñas con padrastros sean más vulnerables. Por ejemplo, eran cinco veces más susceptibles de ser abusadas por amigos de uno u otro progenitor. También existían ciertos atributos de las madres que facilitaban el abuso de sus hijas. Las mujeres que informaban que sus madres estaban "emocionalmente alejadas, a menudo enfermas o eran poco afectuosas" se encontraban expuestas a un

mayor riesgo, como aquellas que crecieron sin sus madres naturales (aunque no aquellas cuyas madres trabajaban). Era mucho más probable que las niñas victimizadas tuvieran madres que condenaban explícitamente todo contacto sexual; también aumentaba el riesgo la escala de valores conservadores del padre y la insuficiencia de afecto físico.

El estudio de Finkelhor revela que no hay diferencia en el grado de violencia familiar observado o experimentado por niñas abusadas y no abusadas. Podrán existir algunas entre estos factores y aquellos relevantes para varones abusados, quienes más probablemente vivan con sus padres o con una figura paterna en su hogar (Pierce y Pierce 1985), pero el estudio de Finkelhor llega a la conclusión no sorprendente de que el abuso sexual ocurrirá más probablemente en niñas que crecen en familias con estrés crónico, falta de apertura física, protección pobre por parte de la madre, y contacto con hombres sexualmente promiscuos. Existe también evidencia clínica de que los hermanos de niños sexualmente abusados se encuentran expuestos ellos mismos a un gran riesgo, y que el abuso sexual infantil puede coexistir con otras formas de abuso infantil (véase Nelson, 1987).

### La gravedad del abuso sexual de niños

Existen considerables pruebas de que el abuso sexual infantil es una experiencia aversiva para los niños, que produce a menudo efectos dañinos a largo plazo. Primeramente, si bien para muchos niños el abuso sexual se produce sólo en una ocasión (63 % en el grupo de Baker y Duncan [1985] y 75 % en el de Wyatt [1985]), una gran cantidad experimenta prolongados o múltiples abusos de índole grave. En el muestreo de Baker y Duncan, el 23 % de quienes respondieron informaron haber sufrido abusos repetidos por la misma persona, en tanto que un 14 % informó abuso múltiple por parte de numerosas personas.

En segundo lugar, si bien sólo una minoría de abusos involucra el coito sexual completo (5 % en la encuesta de Baker y Duncan y 4 % en la de Finkelhor), la mayoría incluye alguna forma de contacto físico y, en ciertos casos, el uso de la fuerza. Russell (1983) hizo una cuidadosa distinción entre los diferentes grados de gravedad de los abu-

sos infligidos, en su muestreo de mujeres. El "abuso sexual muy grave" incluye experiencias que van desde la penetración pene-vagina forzada a la tentativa de *fellatio*, *cunnilingus* y coito anal; el "abuso sexual grave" incluye experiencias que van desde la penetración digital de la vagina hasta tentativa de contacto no forzado de los pechos o coito simulado (pág. 140). El 23 % de todos los incidentes de abuso sexual infantil intrafamiliar fue clasificado como "muy grave" y el 41 % como "grave"; las cifras correspondientes al abuso extrafamiliar fueron 53 % y 27 % respectivamente. En el abuso sexual perpetrado por padrastros, la proporción de los "muy graves" alcanzó el 47 %.

En tercer término, la mayoría de los niños siente el contacto sexual con adultos como aversivo. En el grupo de Baker y Duncan (1985), el 54 % dijo que el abuso había producido un efecto perjudicial en sus vidas; aquellos que fueron abusados dentro de sus familias se sintieron aún más perjudicados, con un 67 % que informó la experiencia como dañina, en tanto que la cifra equivalente de aquellos abusados por el padre alcanzaba el 75 %. El daño percibido fue peor para las mujeres que para los hombres; también resultó peor cuando el abuso comenzó antes de cumplir los diez años, y cuando fue reiterado. Sólo un 4 % del muestreo dijo que el abuso había mejorado la calidad de sus vidas; esto corresponde a siete personas, cinco de las cuales eran varones, tres de ellos abusados por mujeres, y ninguno dentro de la familia. Es importante hacer notar que todos estos estudios son retrospectivos: puede ser que algunas experiencias contuvieran componentes más placenteros que lo que recordaban o que estuvieran dispuestos a admitir. Sin embargo, esto no significa que fueran más fáciles de tolerar: más bien la experiencia clínica enseña que los encuentros sexuales experimentados como parcialmente placenteros pueden resultar más difíciles de tratar en la medida en que aumentan la posibilidad de que el niño se sienta culpable y confundido.

Finalmente, hay muchas pruebas de que los efectos a largo plazo del abuso sexual pueden ser perjudiciales. Los niños sexualmente abusados por lo general muestran reacciones emocionales negativas tales como depresión, culpa o autoestima disminuida; el abuso sexual también se vincula a fobias, pesadillas, inquietud, enuresis, rechazo escolar, embarazos adolescentes, tentativas de suicidio, el espectro total de las dificultades psicológicas de la infancia (Tsai y otros, 1979; Goodwin, 1982). Las víctimas de abuso sexual pueden sexualizar to-

das sus relaciones como una tentativa de ganar afecto; en la adolescencia esta actitud puede conducir a un cuadro autodestructivo de promiscuidad con una sucesión de relaciones abusivas. En el largo plazo, los casos estudiados y las encuestas de sondeo indican que los adultos (especialmente mujeres, de quienes se obtuvo la mayor parte de la información) que fueron sexualmente abusados de niños tienen dañada su autoestima, incluida su autoestima sexual (Finkelhor, 1984). Son más pasibles de convertirse en adictos a las drogas o el alcohol (Benward y Densen-Gerber, 1975) y por lo común se encuentran entre los pacientes de psicoterapia, a menudo perturbados hasta un nivel "psicótico" o por lo menos limítrofe (Herman y Hirschman, 1977). Otros estudios han revelado tasas altas de abuso sexual en la infancia en las historias de víctimas adultas de violaciones y de mujeres abusadas por sus maridos (Russell, 1982). Resulta, acaso, más significativo para los trabajadores sociales y otros profesionales que trabajan con niños, que las víctimas de abuso sexual infantil tendrían mayor posibilidad de tener hijos que a su vez sean abusados a la vez física (Goodwin, 1982) y sexualmente (CIBA, 1984). Hasta cierto punto, esto último constituye un vínculo directo por el cual las personas que han sido sexualmente abusadas prosiguen ellas mismas abusando de sus hijos, lo que ocurre primariamente con víctimas varones, que a menudo parecen repetir los desoladores patrones parentales a los que fueron expuestos, los que incluyen una imagen de los niños como sexualmente explotables. Éste es también un poderoso vínculo indirecto, mediante el cual las niñas que fueron sexualmente abusadas crecen para tener hijas que son sexualmente abusadas por otras personas. Este tema se trata más adelante en el capítulo III, pero aludiremos a él brevemente: la conclusión es que la experiencia del abuso aumenta la vulnerabilidad de las mujeres con respecto a hombres sexualmente explotadores y reduce su capacidad para proteger a sus hijos. Por lo tanto, son muchos los modos por los que el abuso sexual infantil puede perjudicar a varias generaciones.

Pruebas tales como las expuestas sirven para justificar la intervención en casos de abuso. Sin embargo, no *todos* los niños sexualmente abusados salen mal de la experiencia, si bien está claro que aproximadamente dos tercios manifiestan moderadas perturbaciones psicológicas y de comportamiento (Conte y Berliner, 1987). Hay probablemente mucho para aprender de las comparaciones entre los grupos

con "buenas consecuencias" y los grupos con malas consecuencias. El mejor estudio disponible en esta área es el de Tsai y otros (1979), que comparan un grupo de mujeres que buscan terapia por problemas asociados al acoso en la infancia (grupo "clínico") con otro grupo de mujeres acosadas de niñas pero que nunca buscaron terapia y se consideraban bien adaptadas. No se observaron diferencias entre ambos grupos con respecto a variables que pudieron pensarse relevantes, por ejemplo la proporción de quienes fueron abusadas por parientes cercanos, la edad del primer acoso o el período transcurrido antes de la revelación. Los grupos, no obstante, difieren entre sí de varios modos:

a. Las mujeres del grupo clínico eran en promedio significativamente de mayor edad que sus homólogas en el grupo no clínico a la terminación del abuso (12,4 años contra 9,2). Esto también quiere decir que habían sufrido un abuso de mayor duración (4,7 contra 2,5 años).

b. Las del grupo clínico tendían a haber sido abusadas con mayor frecuencia (el 50 % había sido abusada dos o más veces por semana).

c. El grupo clínico informó tener sentimientos negativos más fuertes asociados al abuso: "mayor presión para participar, más culpa, mayor dolor, mayor rechazo hacia el molestador, y sentimientos más fuertes de estar 'alterado' en el tiempo del acoso" (pág. 415).

Tsai y colaboradores también preguntaron a las componentes del grupo no clínico qué consideraban que las había ayudado más. En sus respuestas se destacaron dos factores. Primero el apoyo de los amigos y de la familia "en forma de seguridades de que la mujer no había estado en falta, no tenía razón de sentirse culpable y era aún una persona valiosa"; segundo, parejas sexuales compasivas y comprensivas que las ayudaron a distinguir entre los abusadores y los otros hombres (pág. 416).

En general, este estudio señala nuevamente el valor que tiene la intervención: si se está produciendo el abuso sexual la prioridad es detenerlo, dado que la duración parece ser un determinante significativo de la gravedad del efecto. Además, aquello que haga que la niña se sienta menos culpable, más aceptada y apoyada por otras personas cercanas puede en el largo plazo producir efectos beneficiosos. Éstas son, entonces, consideraciones de importancia para los trabajadores sociales y otros profesionales que tratan con niños sexualmente abusados.

## UN FENÓMENO MULTIFACÉTICO: LA SEXUALIDAD Y EL ABUSO SEXUAL DE NIÑOS

### Las teorías sobre abuso sexual

La formulación de una teoría completa del abuso sexual de niños es un asunto complejo, porque incluye elementos relacionados con amplios procesos sociales así como también relaciones personales íntimas. Hasta cierto punto, el abuso sexual infantil es un fenómeno social vinculado a las actitudes y las prácticas generales hacia los niños y también los modos como las relaciones sexuales se hallan organizadas y reguladas en una determinada sociedad. Si bien es importante tener esto en cuenta en cualquier modelo acerca de cómo se produce el abuso, para los fines clínicos y de trabajo social resulta probablemente más útil considerar las características "microsociales", en especial la psicología de los protagonistas individuales (especialmente, del abusador) y las redes interpersonales dentro de las cuales están arraigadas. En este y el próximo capítulo exploraremos las fuerzas que producen el abuso sexual infantil en este nivel microsocioal enfocando la sexualidad de los hombres y de los niños, y en los procesos familiares que hacen que el abuso ocurra con mayor probabilidad. Los modelos explicativos de este tipo son extremadamente polémicos y en torno de ellos surgen numerosos problemas generales y políticos, una situación que a menudo es fuente de controversias, especialmente entre los adherentes a los puntos de vista de sistemas feministas y familiares (Dale y otros, 1986). Por lo tanto, nosotros deseamos presentar nuestro modelo con anticipación, antes de la discusión en detalle.

El argumento que presentamos consiste en que es importante distinguir entre la causa inmediata del abuso sexual, que radica en la psicología del abusador, y la constelación de relaciones, arreglos y valores sociales que determinan que los niños sean victimizados en mayor o menor medida. Hay importantes diferencias teóricas, prácticas y éticas entre abusar de un niño y omitir protegerlo contra el abuso. En el fondo, seguimos las sugerencias de Finkelhor (1984), quien describe un modelo de abuso sexual con "cuatro condiciones", en el que se distinguen la "motivación del abuso sexual" y varios factores inhibitorios que deben ser superados antes que el abuso se produzca realmente. Los factores incluidos en la "motivación" están todos relacionados con la sexualidad masculina, sean internos de un individuo (por ejemplo, qué grado de excitación siente un hombre ante los niños) o en el nivel de los valores socioculturales. Los "factores inhibitorios" están divididos en tres clases: internos (valores morales), externos (supervisión del niño por otros) y la resistencia del niño mismo. Finkelhor enuncia numerosos factores que pueden conducir a superar estas inhibiciones, por ejemplo, las inhibiciones internas pueden ser superadas por el alcohol; la ausencia o la enfermedad de la madre del niño puede remover una importante inhibición externa; la coacción puede obligar a un niño a abandonar la resistencia. Es posible polemizar respecto de varias sugerencias específicas de Finkelhor, pero su modelo en general es muy útil: localiza la fuente general del abuso sexual infantil en la sexualidad masculina, y deja en claro que es el abusador el responsable cuando se produce un acto de abuso determinado. También toma en consideración la prueba existente de las influencias que contribuyen al abuso derivadas de las necesidades emocionales de otros miembros de la familia, pero nuevamente los sitúa en la perspectiva apropiada: como factores que pueden ser explotados o que pueden hacer más vulnerable a un niño, más que los actos abusivos por sí solos.

En la próxima sección aportamos una relación más detallada de estos elementos de la sexualidad masculina, relevantes para comprender el abuso sexual de niños. Pero es necesario mantener una distinción entre los factores generales que convierten el abuso en una posibilidad para todos los hombres, y las influencias sobre los individuos que pueden incidir para hacer que un hombre determinado abuse de un determinado niño.

### La sexualidad de los hombres

La imagen más común del hombre que abusa sexualmente de las niñas es la del "viejo verde", el extraño que engaña a las jóvenes y se mete con ellas como expresión de su propia degeneración. Las estadísticas presentadas en este capítulo ponen de relieve que este estereotipo no es exacto: la mayoría de las víctimas son abusadas por alguien que conocen, frecuentemente dentro de su propia familia. Además, los abusadores son a menudo jóvenes y, en muchos casos menores de veinte años. Tampoco está claro que todos los abusadores estén sexualmente frustrados en el sentido de no tener escapes alternativos para sus deseos: al menos algunos de los que tienen relaciones con niños son muy promiscuos. Estas variaciones deberían despertar cierta cautela en el momento de trazar cualquier sistema simple de clasificación para describir a los abusadores; no obstante, se han realizado algunas tentativas para caracterizarlos de acuerdo con los atributos de su comportamiento o de su personalidad. Un ejemplo popular es el que se da en el esquema de Weinberg (1955), en el que se distingue entre: a) abusadores endogámicos, que están orientados hacia adentro, hacia sus familias sobre las cuales mantienen un lazo fuertemente posesivo; b) abusadores "psicópatas", que tratan a todas las personas que caen bajo su poder como objetos sexuales; c) abusadores "pedofílicos", cuya inmadurez psicológica hace que tengan una fijación sobre los niños como objetos sexuales. Si bien este esquema tiene cierto interés, su inconveniente es que sugiere que los niños son abusados únicamente por hombres anormales, que pueden haber tenido ellos mismos antecedentes patogénicos y que son diferentes de otros hombres. De hecho, los abusadores constituyen un grupo extremadamente heterogéneo. Por ejemplo, algunos parecen estar motivados por deseos sexuales, mientras que otros están motivados por necesidades de proximidad o por agresión (Finkelhor, 1979), o por imágenes sentimentales de niños (Weeks, 1985). Algunos pueden temer los contactos sexuales con adultos (Howells, 1979); otros pueden ser violentos o retraídos (Langevin, 1985); algunos son pedofílicos por su preferencia explícita por niños como parejas sexuales, en tanto que otros tienen tan sólo una atracción hacia un niño determinado con el cual se involucran, o simplemente se aprovechan de una situación determinada (Abel y otros, 1979; Langevin, 1985).

Muchos actos abusivos contra niños se cometen cuando los hombres están bebidos, y hay una indicación de que una mayor cantidad de hombres en este grupo pueden ser alcohólicos. (Christie y otros, 1978), si bien hay consenso general entre los investigadores y los clínicos de que el rol del alcohol es desinhibitorio antes que factor causal. Algunos hombres prefieren a niños pequeños como objetivo; otros, a adolescentes. Algunos son homosexuales, aunque la mayoría es heterosexual; algunos pueden abusar de cuanto niño esté disponible. Parece no haber diferencias sistemáticas especiales entre estos grupos de hombres, ni siquiera entre aquellos que son incestuosos y los que toman como objetivo a niños fuera de su familia (Finkelhor, 1984).

Estas variaciones en los atributos de los hombres que abusan sexualmente de los niños hablan de ellos como generalmente "normales", que muestran que una gama de percepciones y respuestas sexuales características de los que no son abusadores. Esto no quiere decir que no haya que intentar una explicación de cómo estos hombres en especial han llegado a abusar de niños, y de hecho se han efectuado algunas sugerencias útiles en esta área. Por ejemplo, Finkelhor (1984) presenta el esquema psicológico del abusador, basado en cuatro factores subyacentes: congruencia emocional (se refiere al modo como el contacto sexual con el niño puede ser emocionalmente gratificante para el adulto, quizá debido al sentimiento de poder que conlleva); excitación sexual de los niños (posiblemente producido por los efectos de la victimización y legitimado por la pornografía); bloqueo de caminos alternativos de gratificación, y desinhibición de las limitaciones sociales corrientes. Este esquema intenta describir la constitución de los hombres que abusan sexualmente de niños sin basarse en categorizaciones simples de la personalidad ni en una serie de características patológicas. Finkelhor más bien argumenta a favor de la importancia de una variedad de experiencias específicas (haber sido abusado en su infancia) que interactúa con atributos internos (falta de habilidad para vincularse) y factores amplios que contribuyen más generalmente a una orientación sexual y socialización de los hombres (pornografía, denigración de la mujer y los niños a quienes considera de su propiedad). Así, la aproximación de Finkelhor reconoce que cualquier abusador infantil presentará aspectos idiosincrásicos de su carácter y experiencia, que tienen relevancia para el abuso; pero in-

dica que existen también factores normativos en la socialización de los hombres que explican por qué tal abuso es difundido.

Un problema en particular de cierta importancia se refiere a que la violencia es un atributo muy común entre los abusadores sexuales. Uno de los estereotipos comunes de los "molestadores de niños" y de los padres incestuosos es que son hombres débiles y pasivos que inducen a los niños a tener contactos sexuales con ellos a través de medios indirectos que a menudo entran en juego a partir de su propia dependencia. Sin embargo, hay pruebas de que algunos pedófilos emplean la violencia, y de que otros sexualmente abusadores (padres incestuosos) pueden presentar rasgos violentos en su comportamiento. Esto es cierto en ofensores presos (Christie y otros, 1978; Langevin, 1985), si bien estos hombres pueden constituir un grupo especial, cuyo comportamiento violento haya sido posiblemente la razón por la cual fueron atrapados, procesados y encarcelados. Los abusadores no violentos bien pueden estar representados en menor medida dentro de la población carcelaria, aunque afuera sean bastante corrientes.

Una senda repetida en la literatura del abuso sexual es el cuadro de padres incestuosos, dominantes y autoritarios en el hogar, mientras que presentan una apariencia sumisa y complaciente ante las autoridades externas. Herman (1981), por ejemplo, en su informe de una serie de entrevistas con víctimas adultas de incesto, subraya el autoritarismo de los padres involucrados. Aparecen como relativamente competentes en su trabajo y su vida social, pero ejercen un control estricto sobre sus esposas e hijas, y si es necesario dominan a sus familias mediante el uso de la fuerza. Herman, además, señala la naturaleza adictiva del contacto incestuoso y el modo como la infelicidad de la niña algunas veces aparenta contribuir al gozo del padre—sugiriendo que la explotación del poder puede en sí misma ser, en algunos casos, una motivación para perpetrar el abuso sexual—. Jackson (1982) hace hincapié en un punto por el que vincula este tema con otros más amplios respecto de la sexualidad masculina:

Los molestadores y abusadores de niños son casi invariablemente hombres que han aprendido a expresar su sexualidad a través de la agresión, a fin de buscar el poder sobre otros y de ser atraídos hacia los vulnerables (pág. 173).

El punto es que esto puede ser cierto con respecto a todos los hombres: "La violencia no es sólo aprendida como actividad masculina: es parte real de lo que configura el contorno de la masculinidad" (Eardley, 1985, pág. 97). Es también parte de la experiencia normal de la infancia en nuestra cultura: más del 84 % de los padres norteamericanos emplean el castigo físico como medio para disciplinar a sus hijos (Starus y otros, 1981); en Gran Bretaña el castigo corporal es considerado por muchos como aceptable dentro del hogar y legítimo en el colegio.

Las mujeres también tienen poder sobre los niños, pero rara vez abusan sexualmente de ellos. ¿Qué es lo que hay exactamente en la sexualidad masculina que hace que los niños sean tan vulnerables? Probablemente la imagen más común de la sexualidad masculina sea lo que Hollway (1984) denomina el discurrir del "impulso sexual masculino", el concepto de que la "sexualidad de los hombres es producida por un impulso biológico, cuya función es asegurar la reproducción de la especie" (pág. 231). Ésta es una visión de la sexualidad masculina a menudo adoptada por los abusadores como un modo de liberarse de responsabilidad por sus deseos y actos. Ward (1984) asigna al "discurso del impulso sexual masculino" su designación más simplificada y precisa:

La ideología de la violación dice que la sexualidad masculina es congénitamente activa, agresiva e insaciable; que la sexualidad femenina es congénitamente pasiva, receptiva e inhibida (pág. 81).

Ver la sexualidad masculina como algo predeterminado es un modo de eludir el examen de los procesos a través de los cuales se construye. En especial, conduce a olvidar las características de la sexualidad que la tornan a la vez central y problemática para muchos hombres. En el núcleo de esta situación problemática hay una combinación de temor y poder:

La identidad sexual masculina se establece a través de sentirse superior sobre las mujeres que tenemos cerca de nosotros y a través de afirmar nuestro sentido de identidad en un mundo masculino competitivo. Es como si sólo pudiéramos sentirnos bien si reducimos los otros a menos (Seidler, 1965, pág. 169).

La "masculinidad tradicional" tiende a la dominación y la independencia, una orientación al mundo activa y asertiva que valoriza la competitividad y da vuelta la cara ante la intimidad, logrando la estima por la glorificación de la fuerza. El temor a la emoción subyace en esta imagen —aquello que nos hace vulnerables y "femeninos"; emoción peligrosa no sólo porque implica dependencia sino también porque viene de afuera, y es una representación de todo lo que la masculinidad rechaza—. El temor a la emoción hace a la vez que el sexo sea sobre y subinvestido por los hombres. El sexo es uno de los escasos modos aceptados en el que los hombres pueden aspirar a acercarse a los otros, y como tal se convierte en el portador de todos los deseos inexpressados que produce la ignorancia emocional masculina. Sin embargo, este mismo poder de la emoción la hace peligrosa para los hombres cuya identidad está construida sobre su rechazo; el sexo entonces se fractura, limitándose a la actividad del pene, en un acto más que en un encuentro. También significa un modo de pasar a ocupar un lugar especial en el mundo de los hombres: la conquista sexual como símbolo de la potencia masculina. El vínculo entre esta forma de masculinidad y el abuso sexual se hace visible: no está presente solamente sino que es inherente a una modalidad de organización de la personalidad que rechaza la intimidad. El sexo como triunfo y logro se desliza naturalmente hacia el sexo como rechazo y degradación del otro.

Existe una cantidad de relatos diferentes acerca de los procesos por los que se construye la sexualidad masculina según los lineamientos descritos, que van desde el discurso sociobiológico sobre el "impulso sexual masculino" hasta los relatos feministas radicalizados que interpretan la psicología masculina como una organización de relaciones forzadas para oprimir a las mujeres. Una aproximación objetiva deriva de la escuela psicoanalítica de relaciones objetales, especialmente como ha sido reelaborada por teóricos y prácticos feministas tales como Chodorow (1978) y Eichenbaum y Orbach (1982). Estos autores ponen énfasis en el impacto negativo del cuidado infantil, diferenciado por género, acerca de la habilidad de los niños varones para sentirse ellos mismos dependientes y emocionalmente conectados con otros.

Se suprime la habilidad del niño para establecer relaciones íntimas, en tanto que se da apoyo a sus elementos asertivos, agresivos y

perjudiciales, como una maniobra defensiva contra sus propias necesidades emocionales, reforzadas por la derogación cultural de la feminidad y la oposición entre las cualidades "masculino" y "femenino". De allí que la socialización masculina "exitosa" involucra tomar acción efectiva en el mundo externo al precio de una capacidad emocional frágil y subdesarrollada, que incentiva a la vez una demanda urgente de cercanía con la madre y un rechazo destructivo de ella.

El resultado corriente de este proceso de desarrollo es un varón adulto cuya capacidad de crianza está gravemente disminuida, cuya capacidad para formar relaciones afectivas está restringida y cuya identidad masculina está para siempre en duda, desde que se basa en el repudio de su identificación con la persona que primero cuidó de él (Herman, 1981, pág. 56).

Esta versión de la teoría psicoanalítica del desarrollo masculino presenta una cantidad de dificultades: por ejemplo, es poco claro de qué manera algunas personas llegan a rebelarse contra el rol tradicional de su género, y al concentrarse tan fuertemente en el vínculo madre-hijo, descuida la consideración de procesos sociales que son más amplios (Frosh, 1987a). Sin embargo, da origen a algo importante: traslada la discusión sobre las fuentes del abuso sexual —alejándola de los sucesos traumáticos que casi accidentalmente les ocurren a ciertos hombres en particular—, hacia los hechos normativos de la socialización, que permiten que el abuso sexual sea posible. Esto no quiere decir que pueda no haber causas particulares que hacen un abusador de un hombre en particular: el modelo provisto por Finkelhor (1984) precisamente aporta ejemplos de ellos, en los que aparece la experiencia de haber sido abusados como un acontecimiento predisponente altamente significativo. Más bien, el punto aquí es que hay características sistemáticas de la sexualidad masculina que contribuyen al abuso sexual; de alguna manera, más que los actos de los otros, es necesario explicar la inhibición que los hombres no abusivos demuestran con respecto a tener sexo con niños. Existen muchas diferencias importantes entre el abuso sexual infantil y la violación de mujeres adultas, por ejemplo, las relacionadas con la proporción de abusadores que son extraños (que es más alta en la violación), la naturaleza repetitiva del abuso sexual infantil o el grado de

la fuerza empleada. Pero también un vínculo significativo que contiene ambos tipos de explotación es la mezcla de sexo y dominación, de tal modo que refleja la confusión que se encuentra en el núcleo de la sexualidad masculina. Esta sexualidad, según propone el relato psicoanalítico, no está determinada a ser así por los medios biológicos. Se construye a medida que el niño se desarrolla en una cultura en particular a través de estar expuesto a individuos específicos y a normas culturales comunes. Dominación, género, sexo, abuso: estos términos son separables, pero van juntos en nuestro mundo para producir las condiciones en las cuales puede tener lugar el abuso sexual infantil, y convertirse en un acontecimiento común y corriente de todos los días.

#### La niña seductora

Muchos autores han señalado que los hombres que abusan sexualmente de los niños son especialmente hábiles para racionalizar sus actos en términos de provocación de sus víctimas —el poder avasallador de seducción proveniente de los niños mismos—. Ocasionalmente, el lenguaje es el del "padre preocupado" que encuentra una manera especial, concreta, de educar a su hija; más a menudo, es el lenguaje del animal sexual masculino, incapaz de controlar su pasión frente al deseo. Algunas veces el lenguaje es el de la humillación, conocido por todos los hombres, y por las mujeres como receptoras: "Ella se lo buscó". Tales racionalizaciones pueden parecer extraordinarias a la luz de la realidad del abuso sexual infantil ("Pobre hombre, sucumbió ante la lujuria de una niña de cuatro años"), pero también se reflejan en un conjunto poderoso de representaciones contemporáneas que van desde la pornografía cruda de las revistas para hombres hasta la más sofisticada de algunos libros de arte "y de literatura seria". La niña seductora no es, por lo tanto, una invención desesperada y autoservida de los hombres que abusan de niños; es una persistente imagen cultural en la cual abrevan los hombres. Ella vincula los actos de algunos hombres (que abusan sexualmente de niños) a los deseos de millones de otros hombres (que en su fantasía hacen lo mismo).

Dada la difusión de la fantasía de la niña seductora, quizá no deba



sorprendernos descubrir en la literatura profesional sobre el abuso sexual infantil—sobre el incesto específicamente— que también ha demostrado una tendencia a “culpar a la víctima”. Finkelhor (1979) identifica dos grupos de teorías vinculadas que han dominado la literatura; ambas señalan que los atributos de los niños (varones y niñas) estimulan su victimización sexual. El primero de ellos corre exactamente paralelo con las fantasías descritas, si bien a la explicación sobre la conducta del niño se le da un tinte “medicinal” en lugar de localizarla en sus deseos. Involucra la proposición de que algunos niños, cuyas necesidades no son cubiertas a través de los canales convencionales, descubren que pueden obtener afecto estimulando sexualmente al adulto; por lo tanto, ellos se aproximan de este modo a los adultos y los seducen activamente. El segundo tipo de teorías considera al niño menos activo, pero señala el hecho de que al ser prolongadas las relaciones incestuosas los niños (acaso debido a la perturbación) entran en colusión con ellas. Herman (1981) aporta un ejemplo de ambas teorías: cita el párrafo de un libro de texto que informa a los estudiantes que

Las hijas pactan con la relación incestuosa y desempeñan un rol activo y hasta de iniciación al establecer la trama. Las niñas pueden sentirse solas y asustadas y reciben de buen grado las insinuaciones del padre como expresiones de amor paterno (Henderson, citado por Herman, 1981, pág. 40).

Esto difiere manifiestamente de la imagen del provocador sexual de la pornografía, pero no está alejado de la racionalización que legitima el abuso sexual como de alguna manera favorable a los intereses del niño: suministra afecto, el muy necesitado amor paterno. Asimismo desplaza la responsabilidad por el abuso en el cuidado y comprensivo lenguaje terapéutico, desde el hombre que explota la necesidad de amor del niño hasta el niño que la tiene. En este modelo, para ser una víctima es necesario, al menos, coludir para ser victimizado, aun cuando uno no haya, en primer término, creado la situación.

En las críticas más recientes, se considera a Sigmund Freud el principal culpable, originador de la tendencia profesional que da por descontado el abuso sexual o que hace recaer la culpa en la víctima. Se sostiene que su caída en desgracia reside en la famosa transición

desde la teoría de la seducción de la neurosis, que explicaba la histeria como el resultado de una verdadera victimización sexual en la infancia, hacia la teoría de la fantasía, que reinterpretaba como deseos los recuerdos de los pacientes. En muchos aspectos era una reinterpretación del material, que marcaba el verdadero comienzo del psicoanálisis como una disciplina dedicada al trazado y la explicación de la experiencia subjetiva. Pero también emergió con las recetas culturales que apoyaban la tendencia entre los terapeutas a descartar los relatos de abuso sexual hechos por las víctimas. En muchos casos, que resultaron en traumas y consecuencias perniciosas a largo plazo, los informes de abusos sexuales en lugar de reconocerse referidos a hechos reales, fueron a menudo interpretados por los psicoanalistas como deseos, deseos incestuosos confundidos con realidad. Aun cuando era imposible ignorar la autenticidad del abuso, éste era comúnmente visto como provocado por el niño—un rebasarse a la vida real de los deseos inconscientes—. En una barrida, el psicoanálisis combinó así la tendencia a tapar la existencia del abuso sexual infantil con la imagen de la niña seductora, convirtiéndola una vez más en la fuente de su propio infortunio.

Hay mucha justificación para este ataque al psicoanálisis, tanto en los casos específicos de descuido del abuso sexual infantil y de degradación de las mujeres, como en el área general de la subordinación de los hechos reales por debajo de una abrumadora preocupación por la fantasía (Miller, 1984). Podría ser también que el psicoanálisis haya contribuido al abuso de niños al dar apoyo a un clima en el que las historias son ignoradas; esto bien podría haber hecho a las víctimas más vulnerables al abuso continuado, y ciertamente habría acentuado sus sentimientos de culpa, desdicha y confusión, a los que se mostraría indiferente el mundo de los adultos presuntamente terapéuticos, que rechaza sus ruegos de reconocimiento.

### La sexualidad de los niños

A pesar de las críticas valederas expuestas, el psicoanálisis ha hecho una importante contribución al trabajo en el área del abuso sexual al desarrollar una explicación sofisticada acerca de la naturaleza y los orígenes de la sexualidad. Por ejemplo, el concepto de

sexualidad infantil, por más que se tienda a confundir los temas de qué puede significarse con "sexual", combate significativamente la imagen romantizada de la inocencia infantil que de hecho hace más vulnerables a los niños al negarles el acceso al conocimiento sexual. En líneas generales, el psicoanálisis sostiene que los niños son seres sexuales desde el comienzo de la vida, con deseos que se articulan sensualmente. Los comportamientos observados, tales como el succionar, se interpretan como la expresión de esos sentimientos sexuales internos de un modo que los hace estructuralmente análogos a los comportamientos adultos equivalentes, por más rudimentaria que sea su forma. Así, se interpreta que los niños que succionan "intensa o agresivamente" tienen sentimientos que reflejan estos actos, en este caso deseos oral-agresivos. Análogamente, el interés por las heces y el placer en contenerse o hacerse encima que demuestran muchos niños que comienzan a caminar se interpretan no como expresión de interés intelectual en fenómenos y logros nuevos sino, más profundamente, como una expresión de deseos de placer que se centran en la región anal. La famosa progresión freudiana opera de la siguiente manera: los niños tienen impulsos sexuales que se expresan a través de modos corporales característicos de los períodos tempranos del desarrollo; comienzan por la región oral (chupar, morder), se trasladan al área anal (defecar, ensuciarse) y luego a la región fálica (actividad masturbatoria). A continuación, se supone que sigue un "período de latencia" durante el cual retroceden los deseos sexuales en tanto que el niño o la niña desarrollan sus habilidades sociales o cognitivas; esta fase llega al final en la pubertad. En este proceso, los impulsos permanecen esencialmente iguales, se desarrollan con más coherencia y son progresivamente expresados de modos más adultos.

Además del concepto general de que existe la sexualidad infantil y que está representada por diferentes modos de comportamiento, el psicoanálisis freudiano propone que existen algunas experiencias de desarrollo que surten un efecto crucialmente estructurante sobre la sexualidad y la mente en general. De tales experiencias la más importante, y especialmente para el área del abuso sexual de niños, es la del complejo de Edipo. La idea de Freud es razonablemente sencilla en lo que concierne, al menos, al desarrollo del varón. La sexualidad consiste en un impulso central dirigido simplemente a obtener pla-

cer y que carece de objeto: ninguna persona o cosa en especial. A través de la experiencia, el niño descubre que algunos objetos aportan más placer que otros. La madre es el mejor de estos objetos, puesto que su actividad se centra alrededor del niño. Así, sus deseos sexuales se dirigen hacia la madre. En el estadio fálico del desarrollo, este aspecto se refleja en un deseo de desplazar al padre y de poseer a la madre sexualmente. Sin embargo, la traducción de este deseo a la acción es imposible porque transgrediría el tabú del incesto; específicamente, el deseo por la madre es opuesto a la autoridad paternal, en la fantasía del niño representada como amenaza de castración. La obediencia a esta amenaza, esto es su terror dentro del "complejo de castración", resulta en la renuncia a su pasión (la reprime) y la identificación con el padre. Fundamentalmente, en esta explicación el tabú del incesto no es visto como natural, no obstante su aparente universalidad de una u otra forma; es, de hecho, un deseo incestuoso natural, porque refleja el libre juego de los impulsos y opera sin considerar las convenciones que determinan que es o no es un objeto sexual aceptable. En realidad, es la universalidad del deseo incestuoso que crea la necesidad del tabú universal. La sexualidad masculina normal, en consecuencia, resulta de renunciar a otras formas posibles de sexualidad; está construida sobre la represión de los sentimientos incestuosos "naturales" más que una expresión de la naturaleza misma.

Dado que las víctimas primarias del abuso sexual son las niñas, representadas por la imagen de la "niña seductora", es válido considerar la descripción que hace Freud del origen de la sexualidad femenina. De acuerdo con este autor, existe poca diferencia entre el desarrollo masculino y el femenino hasta la entrada en la fase fálica, puesto que los niños están unidos a la madre y ambos, varones y niñas, experimentan impulsos anales y orales análogos. En el varón, el centro de la erotogénesis se desplaza del ano al pene; su deseo se convierte en penetrar y poseer a la madre. En contraste, la pequeña depende de su clitoris para obtener estimulación sexual y pronto advierte su inferioridad como órgano, lo que resulta en una mezcla de emociones dañosas: un sentido general de su propia inferioridad en el mundo, su distancia del poder, una rabia odiosa hacia la madre por haberla creado así, a su propia imagen, y una apasionada envidia hacia la verdadera cosa, el pene poseído por el padre y el hermano. De

este modo, el complejo de castración —esto es el reconocimiento de sí misma como ya castrada— empuja a la niña a la situación edípica, en la que su deseo es desplazar a la madre a fin de obtener para sí una parte del poder del padre. De allí los violentos reproches que Freud supone que hacen las niñas jóvenes a sus madres; de allí también el cambio del objeto sexual de la madre al padre, que es supuestamente característico de la feminidad. Finalmente, la niña renuncia al deseo del pene y lo reemplaza por el deseo de un bebé, preferiblemente varón.

Este relato del desarrollo psicosexual femenino tiene importantes consecuencias. En el caso del varón, el complejo de castración impone una tremenda represión del deseo incestuoso y una fuerte identificación con el padre, dando origen a la punitiva y poderosa conciencia internalizada que Freud denomina el "superyó". Ningún mecanismo como aquél opera en las mujeres: se supone que ellas permanecen en la situación edípica durante un período relativamente prolongado y lo superan con dificultad. En consecuencia, el romance edípico es más duradero y penetrante en las niñas: el deseo por el padre puede llegar a no estar nunca debidamente reprimido. En segundo lugar, se fomenta la pasividad: con el reconocimiento de la inferioridad de su clítoris, renuncia a éste (por lo menos como objeto de masturbación —afirmación que la mayoría de las feministas ha desafiado—) y de este modo también renuncia a una posición más activa de su sexualidad. Como lo expresa Mitchell (1974), la dominancia de la pasividad permite que se produzca la transición "desde la necesidad activa por su madre hasta el objetivo pasivo de querer ser deseada por el padre" (pág. 108), una formulación clásica de lo que se supone que es el rol de la mujer y su dificultad para las relaciones íntimas.

Hemos proporcionado en detalle la formulación freudiana acerca de la sexualidad de los niños por dos razones. Primero, ha ejercido una influencia poderosa y hasta dominante sobre las conceptualizaciones de la sexualidad de la infancia utilizada por los investigadores y también los terapeutas que trabajan con niños de toda índole, incluso aquellos que han sido sexualmente abusados. En segundo lugar, es la teoría más detallada que existe sobre la sexualidad de la infancia. Sus principales virtudes son: que está dispuesta a reconocer manifestaciones de sexualidad aun en niños muy pequeños; que explora el camino de desarrollo que toma la sexualidad a medida que ma-

dura en lugar de suponer simplemente que aparece de forma mágica durante la adolescencia; que está dispuesta a ocuparse en serio de las fantasías, los temores y las emociones de los niños en torno del sexo, y que sitúa todo esto en una penetrante investigación de la vida familiar. Para el psicoanálisis, los niños no son asexuados ni su sexualidad está formada por completo, y bien puede ser que esa transición desde el comportamiento y la experiencia infantiles hasta una sexualidad libre y enriquecida es la más perjudicada por el abuso sexual. En especial, dados sus conceptos sobre lo central y difícil de los deseos incestuosos en la infancia, los terapeutas de inclinación analítica han sido a menudo muy claros al articular lo deletéreo de los encuentros sexuales adulto-niño, especialmente en relación con niñas involucradas en relaciones con su padre. Desde la visión psicoanalítica, el incesto padre-hija es especialmente dañoso porque torna concretas las fantasías edípicas de la niña e interfiere en el progreso de su desarrollo hacia la autonomía, la individualidad controlada y las relaciones extrafamiliares.

Son muchas las críticas que pueden hacerse a la visión freudiana de la sexualidad en la infancia. Algunas de ellas provienen desde el movimiento psicoanalítico mismo, especialmente desde los teóricos de las relaciones objetales (véase Frosh, 1987a, para una exposición detallada). Estos trabajadores plantean una cuestión respecto del concepto de Freud de impulso sexual, y proponen que el sexo debería entenderse mejor como la expresión de un deseo para la intimidad —un vehículo adecuado para conducir el impulso humano fundamental hacia la realización de las relaciones personales—. Dentro de esta lógica, uno de los efectos dañosos del abuso sexual infantil sería separar el sexo de su lugar apropiado en el vértice de las buenas relaciones personales, para convertirlo en campo de una amenazante y agresiva violación. Alternativamente, la sexualización de los contactos con adultos durante la infancia puede verse como introducir el sexo en el niño demasiado temprano y fuertemente, tornando imposible la formación de relaciones sin sexo. Estas ideas, obviamente muy atractivas, y la teoría de las relaciones objetales contribuyen sustancialmente a nuestra comprensión acerca de cómo puede interpretarse la sexualidad masculina que se vuelve abusiva, según se describe en la sección anterior. La teoría feminista de las relaciones objetales también ha presentado una exposición del

desarrollo femenino que es decididamente superior a la confusa y misógina teoría de Freud (Chodorow, 1978; Eichenbaum y Orbach, 1982). Pero los teóricos de las relaciones objetales —y, ciertamente, todos los posfreudianos— han encontrado poco para agregar a la detallada descripción freudiana de las etapas sexuales, considerándola todavía la teoría psicoanalítica máxima en esta área.

Han surgido más críticas desde afuera del psicoanálisis, tanto en términos de los usos a que se presta culpar a la víctima (acreditando a los niños los deseos sexuales que pueden conducirlos a ser los instigadores de los contactos adulto-niño) como en términos de su esencia. Algunas de estas últimas críticas son conceptuales, especialmente en cuanto cuestionan el concepto de Freud de que el ejercicio del comportamiento sexual en el niño de algún modo equivale a lo que se denomina "sexualidad" en los adultos. Por ejemplo, Jackson (1982) sostiene que no tiene sentido calificar un comportamiento de "sexual" si no contiene para el niño el significado subjetivo de "sexo", cualquiera que sea su forma externa. Éste, como lo hacen muchos otros autores, puede aquí sustituir el término por "sensual", en una tentativa de aclarar de qué modo los actos que producen placer corporal sólo llegan gradualmente a acumular los significados característicos de la sexualidad. En tanto que es correcto señalar la naturaleza acumulativa de la sexualidad infantil, las aproximaciones parecidas a las de Jackson crean una nueva gama de dificultades. Una es la presunción de que es posible expresar con claridad el "significado" de la sexualidad; una parte del razonamiento freudiano es que su significado es a la vez fragmentario y disímil, incluido un cúmulo de variedades en los adultos y una escala de reorganizaciones subjetivas en los niños. La aproximación de la "sexualidad" también da origen al difícil problema de determinar cuándo aparece. La proposición del psicoanálisis es que la sexualidad tiene una historia, y que esta historia comienza en la infancia. Se hace la conexión al calificar de "sexuales" algunas experiencias de la infancia.

### El comportamiento sexual infantil

La exposición de Freud ha sido cuestionada desde el punto de vista descriptivo, basado en que su versión de los intereses sexuales de

los niños es fácticamente incorrecta. Dentro de esta categoría se cuentan los estudios que revelan la falta de universalidad del complejo de Edipo, si bien parece no existir literatura sobre lo que constituye el comportamiento sexual normal en la infancia.

La reseña de Rutter (1983) es todavía la fuente más confiable de material de este tipo, aun cuando se basa en trabajos realizados en su mayor parte entre los años 1950 y 1960. En síntesis, los puntos demostrados en este estudio son los siguientes:

1. En el niño varón las erecciones penianas se producen desde el nacimiento, con una frecuencia de tres a once veces por día en los primeros meses. Éstas pueden ser al principio desagradables, y ciertamente tienen la calidad de reflejo, pero los niños de ambos sexos pronto comienzan a tocarse los genitales junto con otras partes del cuerpo. Gradualmente, la manipulación genital adquiere calidad erótica y se vuelve placentera. La tasa de manipulación genital es bastante alta: Newson y Newson (1963) encontraron que el 36 % de las madres de niños de un año observaron juego genital en sus chicos; tirarse del pene en los varones es mucho más corriente que la estimulación de sus genitales en las niñas. Se observaron respuestas parecidas al orgasmo, tan tempranas como a los cinco meses, pero éste se produce usualmente más tarde.

2. El interés genital aumenta en el período entre los dos y los cinco años. El estudio de Sears y otros (1957) de niños norteamericanos de clase media encontró que alrededor de la mitad se gratificaban mediante tocamientos o juegos genitales; las tasas eran menores en las niñas (alrededor del 16 %).

3. Son comunes a la edad de cuatro años los juegos que involucran desvestirse o la exploración sexual, con una amplia variedad de actividades demostrada por los escolares. Rutter anota que "son características las actividades exhibicionistas y voyeurísticas en ambos, niños y adultos; se produce la masturbación, los niños intentan acariciar los senos de su madre y de la naturaleza de su juego resulta que en la mente de los niños orinar se asocia a la actividad sexual" (pág. 325).

4. No existe un período de latencia en el sentido de una época en la mitad de la infancia en la que la actividad sexual sea reducida, si bien el comportamiento sexual puede estar más oculto (véase Goldman y Goldman, 1982, para una breve reseña). De hecho la actividad sexual aumenta durante este período: en los niños la masturbación se incrementa del 10 % a los siete años hasta el 80 % a los trece; el juego sexual se pone de manifiesto en alrededor de un tercio de los varones de ocho años. Las tasas son más bajas en las niñas, pero el rango del aumento es similar. Estos hallazgos son también apoyados por el estudio de Goldman y Goldman (1982) sobre el pensamiento sexual de los niños: si bien presentan en esta época más inhibiciones para hablar de la sexualidad, también manifiestan un creciente interés por el sexo, por conocerlo mejor.

5. El juego homosexual en los varones (que consiste mayormente en el tocamiento recíproco de los genitales) y en las niñas presenta un incremento gradual durante la infancia, de un 25 a un 30 % a los trece años.

Si bien esto no incide específicamente en la teoría, vale la pena notar que la experiencia sexual entre los adolescentes es bastante extendida, aunque no tanto como a veces se la presenta. Schofield (1965), cuya encuesta se basa en una muestra nacional tomada al azar de niños ingleses entre quince y diecinueve años, encontró que la mayoría de los adolescentes habían tenido sus primeros contactos en serio con el sexo opuesto entre los doce y los catorce años, las niñas más temprano que los varones. El 16 % de la muestra de Schofield fue considerado "sexualmente experimentado". Un estudio inglés posterior (Farrell, 1978) indica que las tasas se incrementaron en los años '70: el 51 % de los adolescentes de dieciséis a diecinueve años era sexualmente experimentado; el 12 % de las niñas y el 31 % de los varones eran por completo experimentados sexualmente. Otros estudios confirman la tendencia general de estos hallazgos (para una breve reseña véase Goldman y Goldman, 1982).

Con excepción de los hallazgos sobre el período de latencia y, en menor medida, el complejo de Edipo, los resultados de los estudios reseñados fundamentan en general los puntos de vista psicoanalíticos acerca de la sexualidad infantil. Resulta menos claro que el desarro-

llo sexual se produzca en el curso de las etapas progresivas postuladas por Freud, y es menos probable aún que sea certera su descripción de la feminidad, pero al parecer es cierto que los niños aprenden temprano las posibilidades placenteras de la masturbación, y que el alcance y la agudeza de sus intereses y conocimientos sexuales se acumulan a lo largo de la infancia. Los niños descubren el placer corporal y gradualmente aprenden el contenido total de los significados sexuales; tienen fantasías sobre actos sexuales, embarazo y parto; más que cómo inocentes que deban ser ignorados o que se pretenda dejar en la ignorancia, participan activamente en su sexualidad. Sin embargo, nada de todo esto cambia un hecho capital sobre el abuso sexual infantil. Una y otra vez debe reiterarse que éste es un fenómeno frecuente en la realidad, que las víctimas del abuso son víctimas, que los niños no tienen el poder de seducir a hombres mayores en contra de la voluntad de éstos, que los niños que buscan afecto desean precisamente afecto, y "en realidad" no piden sexo. Aquellos chicos que intentan sexualizar relaciones afectuosas lo hacen porque siguen una secuencia de experiencias particulares, en general, la de haber sido sexualmente abusados. Cualesquiera que sean las fantasías o los deseos que los niños puedan tener, son los adultos quienes deciden si serán los objetos de encuentros sexuales, ya que ellos tienen poder sobre los niños y pueden definir y manipular esos deseos según su elección.